

trata de un engaño indiferente, sino de la impostura mas criminal, mas impía, mas execrable ante Dios y ante los hombres; la mas peligrosa y la mas comprometida para esta vida y la otra; la mas incompatible con la virtud mas vulgar y con la prudencia menos hábil y previsoras.

De consiguiente esos testigos oculares ni fueron victimas de error, ni culpables de impostura; luego su testimonio es cierto, irrecusable; luego no creerlo es una injusticia, mas todavía, un extravío de la razon, porque si no se acepta un testimonio tan evidentemente exento de ilusión y de impostura, hay que rechazar tambien, para ser consecuentes, cualquiera otro testimonio humano, puesto que no hay ninguno que pueda igualársele, y entonces todo queda trastornado, todo viene abajo, y tendremos el caos, la fosa cerrada de la humanidad.

Pero todavía puedo hacer mas que referirme á lo que he dejado establecido antes; y en interés de la verdad debo hacerlo. Esos testigos á quienes se quiere acusar de impostura, ¿eran hombres razonables ó no?... Si que lo eran. Es preciso, si se quiere sostener que engañasen respecto de la resurreccion de Jesucristo, suponerles una razon, un talento, una habilidad extraordinarios, porque predicando esa resurreccion obtuvieron un éxito completo en la empresa mas gigantesca, mas difícil, mas humanamente imposible (1). Pues bien, no eran hombres ni de sentido comun siquiera, si no obedecieron al solo poder de la verdad. Principian, en efecto, á predicar públicamente la gloria de Jesus resucitado, cuando llegan á obtener la certidumbre mas completa de que Jesus les ha engañado indignamente y no pueden aguardar nada de él; despues de abandonarle estando con vida, luego que muere, y muere para siempre; todo lo sacrifican, vida y hacienda por él y por sostener el juego sacrílego de su impostura: primera locura... Principian esa predicacion en el teatro mismo donde acababan de tener lugar aquellas escenas, en

(1) Esta imposibilidad quedará demostrada en el capítulo VIII.

los sitios en que sobraba poder y facilidad para confundirlos, y no temen que todos los ecos de Jerusalem repitan contra ellos los gritos de muerte lanzados contra el mismo Jesus: segunda locura... Y por única prueba de la verdad de su palabra, dan su palabra y nada mas que su palabra: tercera é insigne locura... Dan su palabra grosera y desnuda, porque si mintieron no pudieron hacer milagros en prueba de su impostura; y esa pobre palabra de miserables pescadores, conmueve, penetra y convence á los mismos que vieron con sus ojos las ignominias y la muerte máldita del Maestro, máldita en la opinion de sus oyentes, porque entre los judios estaba escrito: *Maldito el que es ahorcado en el cadalso* (1). Y esos mismos oyentes en tropel olvidan todas sus preocupaciones de religion y de passion para adorar humildemente á un Dios en el *crucificado máldito* á despecho de la grande influencia de la sinagoga, de su autoridad, de sus amenazas y violencias contra los predicadores (2), á pesar de la publicidad del rumor del raptó esparcido por ella (3)... ¡Pues qué! ¿apóstoles y oyentes habian todos perdido la cabeza para obrar así contra lo que dictaba la naturaleza en todos conceptos?... No; seguramente no: los apóstoles dijeron la verdad, la verdad bien conocida y evidenciada por ellos: los oyentes creyeron en la verdad, en la verdad igualmente conocida y evidenciada por ellos: con eso todo se explica, todo entra en el órden de la razon y de la naturaleza humana. Y además, si hubiese sido de otro modo, si hubiese habido error ó impostura de parte de los discipulos, ¿les hubiera pres-

(1) Deuteronom., XXI, 23.

(2) Actas de los Apóstoles, IV, 3, 21; V, 40.

(3) Independientemente de las *Actas de los Apóstoles* que atestiguan esas numerosas conversiones (II, 41; IV, 4; V, 14; VI, 1, 7), sabemos por documentos incontestables que desde el principio hubo en Jerusalem una iglesia gobernada por el apóstol Santiago, que fué martirizado en aquella misma ciudad. (*Hist. ecles. de Fleury*). Los judios antiguos confiesan tambien que el número de los discipulos de Jesus se acrecentó prodigiosamente despues de su muerte, y que los apóstoles convirtieron á un gran número de judios. (*Hist. del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

tado Dios su poder para hacer en prueba de la resurreccion de su Maestro, numerosos milagros cuya certeza demostraremos en el capitulo IX?

Reasumamos.

El hecho de la muerte de Jesucristo el dia de viernes santo, es incontestable bajo el punto de vista histórico, judicial, filosófico y médico.

El hecho de la vida de Jesucristo el dia de Pascua, es asimismo incontestable bajo el punto de vista histórico, judicial, filosófico y médico.

De consiguiente el milagro de la resurreccion se halla demostrado científicamente.

Por lo demas, hubiéramos podido contentarnos, para inferir lógicamente esta consecuencia, con establecer la certeza del hecho de la vida de Jesucristo el dia de Pascua, y aun establecerlo solo con el testimonio de los discípulos, porque de ese solo testimonio, como se acaba de ver, resulta evidentemente la certeza de aquel hecho, y del mismo se deduce necesariamente la certeza del primero.

¡Pues qué! me dirá aqui mas de un lector: ¿quereis que la vida pruebe la muerte anterior? Esa consecuencia es una consecuencia insensata. Me he hecho á mi mismo esa objeccion, y vais á reconocer, como yo, la ilacion lógica de esos dos hechos. Si viviendo Jesucristo el dia de Pascua, no hubiese muerto realmente el viernes santo, al mostrarse á sus discípulos haciéndose pasar como resucitado, habria engañado inicuaamente su buena fé con un objeto impio, sacrilego, abominable; de consiguiente, hubiera sido por ese solo hecho, el mas criminal impostor, el hombre mas infame del mundo... ¿Y qué lengua, qué pluma podrian prestarse á esa blasfemia del infierno? Si: blasfemia filosófica, ya que no fuera blasfemia religiosa; blasfemia que rechaza de una manera absoluta su virtud á la vez tan santa, sublime é intachable; esa virtud que brota pura y candorosa de su corazon y de sus lábios; esa virtud que pudo arrojar á sus enemigos que se hacian todo

ojos y oidos para estudiarle y hallar en él la menor falta, aquel noble reto, aquel reto solemne: ¿quién de vosotros me convencerá de pecado (1)? esa virtud á la que hasta los oráculos de los gentiles tributaron este brillante homenaje referido por el filósofo Porfirio: «El alma de ese hombre era de una santidad eminente (2)!» esa virtud, en fin, que se vieron precisados á respetar los libros y las tradiciones de los judíos, como para confirmar el silencio de los contemporáneos de Jesus cuando hizo esta aquella interpelacion decisiva: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?» Y no venga á decirsenos aqui, como en ningun otro lugar, que la Iglesia cristiana tuvo los brazos bastante largos para adular esas tradiciones y esos libros de la nacion judaica que, aunque dispersa, ha vivido siempre enfrente de aquella desde su origen, ni que tuvo una mano bastante hábil y poderosa para borrar en ellos, á pesar de esa misma nacion, lo que podia desagradarle en ese punto.

Ademas, para hacer un papel es preciso que haya posibilidad. ¿Y cómo hubiera sido Jesucristo capaz físicamente de hacer el papel de resucitado con su debilidad extrema, resultado necesario de los largos y crueles padecimientos físicos y morales de su pasion; con sus cinco heridas abiertas todavia (porque era imposible naturalmente que al tercer dia se hubiesen cicatrizado)? ¿Cómo hubiera podido, no digo andar, y hacer lo que sabemos que hizo, sin que pareciera resentirse de esas mismas heridas, sino tenerse en pie siquiera? ¿Cómo hubiera podido, en fin, verificar otros milagros, tales como su entrada en el cenáculo, cuyas puertas tenian estrechamente cerradas los discípulos por temor á los judíos (3); su desaparicion súbita á los ojos de los dos discípulos de Emmaus, inmediatamente

(1) San Juan, XVI, 46.

(2) *Demostracion evangélica* de Eusebio, lib. III, cap. VI.

(3) San Juan, XIX, 26.

después de partido el pan que acababa de bendecir (1); y sobre todo, su ascension al cielo en presencia de aquellos testigos que firmaron con su sangre su deposicion (2)? ¿Cómo hubieran podido esos mismos testigos obrar milagros en su nombre (3)?

La realidad, pues, de la muerte de Jesus el dia de viernes santo, resulta necesariamente de la realidad de sus apariciones posteriores; y acerca de la conexion lógica de estos dos hechos, presento á los adversarios del cristianismo la siguiente alternativa: No podeis negar, les diré, la resurreccion de Jesucristo, sino sosteniendo que murió el viernes y no estaba vivo el dia de Pascua, ó que vivia el dia de Pascua no habiendo muerto el viernes anterior. No hay aquí término medio; con que elegid. ¿Pretendeis que murió el viernes, pero que no estaba vivo al tercero dia? La imposibilidad física de ilusion, la imposibilidad moral y metafísica de impostura en los discipulos, os confunden con su evidencia. ¿Pretendeis que Jesus vivia el dia de Pascua, pero no habia muerto el viernes? La imposibilidad moral de una infernal supercheria de su parte, atendida su incomparable virtud, incontestable, y de hecho no contestada ni aun por sus enemigos mas encarnizados; la imposibilidad física de ejecutar ese cruel papel, y de hacer todo lo que hizo, atendiendo á los terribles padecimientos de su pasion, á los atroces tormentos de la crucifixion, á su abundante pérdida de sangre, y á sus heridas todavia abiertas; la imposibilidad metafísica de conciliar sus nuevos milagros y los de sus discipulos con esa infame y execrable comedia, os confunden igualmente

(1) San Lucas, XXIV, 30, 31.

(2) San Marcos, XVI, 19;—San Lucas, XXIV, 51;—*Actas de los Apóstoles*, 1, 9

(3) Véase el capítulo anterior.—De tal suerte se halla ligado y relacionado todo en las pruebas de la divinidad del cristianismo, que cuando se cree escapar de una viene otra á cerrar el paso, y á conducir lógicamente á la primera. Al fin de esta obra se verá puesto en evidencia este admirable encadenamiento.

con su evidencia. Quedais, pues, encerrados entre dos hechos que, examinados y discutidos separadamente, se hallan comprobados, que están tan intimamente enlazados entre sí, que aun cuando el uno estuviese despojado de sus pruebas, tendria una muy suficiente en la certeza del otro; entre dos hechos que no podeis negar juntamente, ni negar tampoco alternativamente sin condenaros á admitir los absurdos mas chocantes; y de ahí no podeis salir forzosamente sino por la consecuencia irresistible que se deduce de ambos hechos, el milagro de la resurreccion de Jesucristo. Este gran milagro, que es como la columna de la fé por la que se elevan al cielo nuestras esperanzas, queda, pues, mas y mas invenciblemente demostrado (1). ¿Habrá que contestar al terminar este capítulo, á la pregunta de Celso, y quizá tambien á la del lector: *¿Por qué la resurreccion de Jesus no fué pública como su muerte?... ¿Por qué?* Porque Dios así lo quiso: es un hecho que así lo quiso y no caben argumentos contra un hecho: ¿pero por qué lo quiso Dios así? Es secreto suyo y no está obligado á descubrirnoslo. Sin embargo, no es difícil entreverlo. La nacion judaica, manchada todavia con la sangre de Jesucristo; no era altamente indigna de que el Hombre-Dios, vuelto á la vida, á pesar de ella, la honrase con una aparicion pública, y la obligase á su pesar á reconocerle por el Mesias? En el fondo, no hubiera sido eso mas que un milagro mas patente, y los milagros que los Apóstoles iban á hacer en breve delante del pueblo todo de Jerusalem, en prueba de la resurreccion del Salvador, debian bastar y con mucho. Véase el conjunto de la religion cristiana: en todas partes luz y oscuridad (2): bas-

(1) Esta última prueba, independientemente de todas las que preceden, destruye todas las *posibilidades* alegadas por Salvador en la obra que ya hemos mencionado: dicha prueba responde á todo, y no puede contestarse á ella ni aun por otra *posibilidad* que tenga algun viso de razon.

(2) No solo en el cristianismo sino en la filosofia puramente racional, hay siempre luz y oscuridad. ¿Qué cosa mas clara que la existencia de Dios? ¿Qué cosa mas oscura que su aseidad y el modo de su eternidad? ¿Qué

tante luz segun el pensamiento de Pascal, para alumbrar á los que sinceramente quieran ver; poca para los que tengan una disposicion contraria: bastante luz para que nuestra fé sea razonable y hasta razonada, lógicamente razonada; bastante oscuridad para que sea meritoria, para que nuestra sumision sea una hermosa virtud del alma, un magnífico tributo á la sabiduria, á la infalibilidad, á la veracidad infinitas de Dios, como las virtudes del corazon rinden homenaje á su santidad infinita y á sus demas perfecciones. La resurreccion de Jesucristo es una parte de ese admirable conjunto y no puede alterar su harmonia... En último resultado ¿no es cierta?—Si.—¿Está comprobada, como ningun otro hecho histórico puede estarlo, tanto por los que la han negado como por los que la han atestiguado?—Si.—¿No hay doble obligacion de creer lo que presenta esa doble certeza?—Si.—Pues silencio, y dése entrada á la fé: la razon lo exige. Querria saber si cuando el sol á mitad del dia se halla cubierto de nubes, ha ocurrido á nadie decir que no es de dia, ó quejarse de que no tiene bastante luz para dirigir sus pasos. ¿Y con qué derecho podriais quejaros aqui de no tener para dirigir vuestra razon en la aquiescencia á la verdad de la resurreccion de Jesucristo los rayos esplendentes de una irresistible evidencia? ¿Teneis bastante luz para caminar con paso seguro? Así lo habeis reconocido. ¿Es bastante? Pues Dios os da lo necesario: ¿os debe acaso lo supérfluo?... Y hasta lo supérfluo teneis, puesto que la resurreccion de Jesucristo está dos veces mas comprobada que los hechos históricos de que no es permitido dudar. ¿Quereis que Dios os deba la superabundancia, la saredad de luz?

cosa mas clara que su sabiduria, su bondad, su santidad infinitas? ¿Que cosa mas oscura que conciliar estas perfecciones con la existencia del mal y de todas sus consecuencias? De consiguiente, el Dios del cristianismo es muy bien el Dios de la naturaleza.

CAPITULO VII.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR LAS PROFECIAS.

El hombre por su ciencia reina sobre lo pasado, sobre lo presente y hasta sobre lo futuro que debe resultar de las leyes conocidas del mundo físico. Pero ante el porvenir que depende únicamente de la voluntad de Dios ó de las voluntades libres de las criaturas, especialmente de las criaturas que no existen todavía, se detiene, como ante una muralla insuperable al pie de la cual todos los esfuerzos de su genio espiran, ó cuando mas se agotan en vanas conjeturas. A la otra parte mora la ciencia divina porque nada hay oculto para Dios: eterno y solo él eterno abraza á la vez todo lo que ha sido, es y será: ó mejor dicho, para Dios no hay pasado ni futuro, sino que todo está presente á la vista de su inmóvil é indivisible eternidad. Lo que sabe, lo que ve, lo ha visto y sabido siempre, y siempre ha podido dar conocimiento de ello á un hombre con encargo de trasmitirlo. Si así lo ha hecho en cosa dependiente solo de su voluntad ó de las voluntades libres de las criaturas sobre todo no existentes todavía, esa es la profecía, hecho de la ciencia divina, como los demas milagros son hechos del poder divino.

Ahora bien, con muchos siglos de anticipacion mostró Dios sucesivamente á varios hombres la gran figura histó-